

POR QUÉ SOY AGNÓSTICO

“No me buscarías si no me hubieses ya
encontrado.”

San Agustín

UNAS PALABRAS PREVIAS

A pesar de las apariencias, yo he sido desde niño – sigo siendo – un hombre “religioso”. Claro está, ello no quiere decir que mi fe se inserte en el marco de unos dogmas inventados por unos hombres dotados de autoridad y los cuales se hacen pasar por ventrílocuos de Dios. En el Vaticano I se define, y se añade, el nuevo dogma de la infabilidad del Papa. Y católicos como Dupanloup, disconformes, deben acatar un dogma cuya definición no había sido necesaria en casi veinte siglos. Jesús no vino a enseñar una doctrina escolástica – eso le toca a Saulo, el ex-fariseo intelectual – sino a predicar un modo de vida ético en el que seamos “perfectos como el Padre celestial es perfecto”. A mí me resulta más atrayente la trinidad “bondad, verdad, belleza” que esa otra causante de tantas herejías en los primeros siglos de la Iglesia. En los evangelios dice Jesús: “quien no está contra nosotros, con nosotros está”. Aquel que no se opone es un aliado de nuestra causa. A decir verdad, nunca me ha gustado que me encierren en redil ajeno diciendo: “éste es de los míos”. Ahora bien, aún me agrada menos todavía cuando afirma: “el que no está de mi parte, está contra mí”. Ahí me parece ver, en esa exigencia de adhesión incondicional a su persona, un germen de intolerancia que contradice el mismo mensaje evangélico. En un cierto momento, así cuando rechaza los lazos naturales con su familia, Jesús se radicaliza. Pero el hombre es siempre una contradicción andante, carga con la cruz de sus dudas y Jesús, verdadero hombre, es también humano, demasiado humano.

POR QUÉ SOY AGNÓSTICO

“No me buscarías si no me hubieses ya encontrado”

San Agustín

Estas páginas se hubiesen podido titular como aquel libro de Russell: “Por qué no soy cristiano”. O, con mayor propiedad, “por qué he dejado de ser cristiano”. Claro está, también podría decir “por qué no soy budista, ni judío ni musulmán”. No deseo adoptar una actitud polémica. Cada uno tiene su fe, su culto y su teología. Tampoco pretendo hacer una apología del ateísmo. Éste es una religión negativa, con dogmas inversos. Dios es posible, pero no es evidente. Cualquier esfuerzo de alcanzarlo por un método racional es llegar a la luna de un salto. Algunos teístas pretenden ver a Dios al final de un silogismo y enarbolan con entusiasmo el argumento ontológico y las cinco vías de santo Tomás. El creyente solamente cree con humildad, el ateo niega con soberbia apoyándose en una ciencia que ya hace tiempo ha dado la espalda a indagar más allá de sus dominios.

La naturaleza del hombre es ser religioso. Las palabras “a-teo” e “in-crédulo” precisan llevar un prefijo antes de la raíz. Primero se afirma, luego se niega. Un matemático italiano, de esos que confunden espiritualidad con superchería, ha propuesto dar al ateísmo un nombre positivo para huir de esa inferioridad verbal.

En cualquier caso, no es posible comprender la historia sin el conocimiento de las religiones. Éstas nunca han hecho daño a los hombres. Quien ha hecho verdaderos estragos son las “patologías” de la religión. Vale decir, el fanatismo. Sin embargo, deberíamos preguntarnos cuáles son las razones por las cuales algunas religiones degeneran desde sus orígenes. ¿Por qué del “amor al prójimo” se acaba

quemando el cuerpo para salvar el alma? El fanatismo consiste en la intolerancia hacia aquellas creencias diferentes a la nuestra. Los romanos aceptaban en el Panteón a los dioses de los pueblos vencidos. Cuando Azaña dijo aquello de que “España había dejado de ser católica” hubiese debido decir que los españoles pueden ser lo que ellos quieran ser. Incluso católicos. Claro está, la tradición supone una inercia histórica. Convertida en religión nacional, la Iglesia y el Estado han vivido abrazados durante siglos. Unas veces, un abrazo fraternal; otras, el abrazo del oso.

La religión mayoritaria de los españoles es, si no la indiferencia, el catolicismo sociológico. O dicho de otra manera: “católicos no practicantes”, como si ir a misa sin enterarse de la misa la mitad fuese ya sin más ser católico. Ya no se recita el Credo en latín, pero tampoco se entiende en lengua romance. ¿Cuántos fieles que recitan como un papagayo mecánicamente el Credo – los principios de la fe – conocen la diferencia entre “engendrado” y “creado”? Cuatro siglos después ¡cuatrocientos años! de la muerte de Jesús una asamblea de trescientos barbudos establece la doctrina oficial sobre si el Espíritu Santo procede sólo del “Padre” o bien del “Padre y del Hijo”. Pero ¿cuáles son las palabras reales de Jesús? ¿Qué dijo Jesús de veras?

Cualquier historiador conoce bien los problemas planteados en la edición crítica de un texto antiguo: autoría, fecha, copias, errores, variaciones, etc. Los evangelios, escritos con tinta y pergamino, presentan las mismas dificultades de trasmisión que un libro profano. Sócrates, como Jesús, no dejó nada escrito. Platón y Jenofonte nos ofrecen dos imágenes distintas de aquel tábano ateniense. Y en los evangelios sinópticos “según” (las comillas son importantes) éste o aquel discípulo ¿estamos seguros de que no se le atribuyen palabras puestas en su boca y las cuales no dijo nunca o, al menos, no en el sentido en que se las toma? ¿Qué autenticidad podemos concederles siendo un libro sagrado donde cada punto y cada coma cuentan? ¿Es el mismo hombre el que dijo “ama al prójimo” y “no he venido a traer la paz, sino la guerra”? El infante don Juan Manuel dejó en depósito sus manuscritos en un monasterio. Solamente se hacía responsable de aquella obra suya custodiada por los monjes. Nada parecido tenemos con los evangelios. “En el Antiguo testamento – dice san Agustín - el Nuevo está latente, en el Nuevo el Antiguo resulta patente”. Jesús no vino a derogar la ley y los profetas, sino a cumplirla. Ni una jota ni una tilde sería cambiada hasta que todo se haya cumplido. Ahora bien, el talón de Aquiles de los evangelios es el Antiguo testamento. Sin embargo, no puede soltar el

pesado lastre judaico porque sería arrancar la raíz del cristianismo. La salvación viene de los judíos. Si exceptuamos la belleza literaria de los salmos y del *Cantar de los cantares*, el maravilloso libro de Job, aquella frase de Isaías “misericordia quiero y no sacrificios”, y poco más, el Antiguo testamento es un manantial de sectarismo y un largo relato de crímenes sangrientos. ¿Qué derecho internacional ampara a Yahvé para conceder a “su pueblo elegido” la conquista militar de Cananea? No hace falta ser el hereje Marción para advertir la diferencia entre un Dios celoso, cruel, señor de los ejércitos y el Padre de Jesús que no quiere que ninguna oveja se pierda.

Un pasaje del evangelio señala esa continuidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. En el monte Tabor tiene lugar la transfiguración de Jesús. A su lado aparecen Moisés y el profeta Elías, quien se adelanta – fijémonos bien – al Dios encarnado en el milagro de resucitar muertos. Pero ¿quién es Elías? ¿Quién es Moisés? Elías celebra una competición de milagros para saber quién es el verdadero Dios, o el Yahvé de los judíos o Baal, dios cananeo. Elías solo contra cuatrocientos cincuenta sacerdotes de Baal. No hace falta decir que Elías vence. Pero lo que es “poco cristiano” es que luego mate a los cuatrocientos cincuenta sacerdotes de Baal derrotados. Por otro lado, Moisés, que huye a Madián tras matar a un egipcio, se encoleriza al ver como su pueblo se ha hecho un becerro de oro. Y rompe aquellas tablas de la ley donde el quinto mandamiento dice “no matarás” y hace que los hijos de Leví maten a tres mil hombres. Jesús, entre Moisés y Elías, no se halla precisamente en muy buena compañía. Mejor está con el buen ladrón en la cruz. Solamente que éste se halla forzado y aquellos aparecen en la transfiguración para subrayar que Jesús no viene a derogar la ley y los profetas ni cambiar ni una iota ni una tilde.

A diferencia del Antiguo testamento, donde corre la sangre, los evangelios solamente tienen tres pasajes violentos: uno, la flagelación de Jesús, otro su crucifixión y, finalmente, el arrebato de ira – nunca la cólera es santa – cuando Jesús expulsa a los mercaderes del templo. ¡Qué haría hoy en el Vaticano! La ira, aquí y en toda tierra de judías y garbanzos, es un pecado capital por más que los exégetas hagan piruetas teológicas para justificar lo injustificable.

¿Existe Dios? Tal vez la única respuesta razonable a esta pregunta sería el lema de Montaigne: “Que sais-je?”. Ahora bien, exista Dios o no exista, el hombre siente la necesidad de Dios, un Absoluto que llene la oquedad de su corazón. Cada hombre, cada generación, cada pueblo, se hace una idea propia de Dios a su imagen

y semejanza. Y de ese “Dios mío” nace el “Padre nuestro”. El ateo no siempre niega a Dios sino a ese Dios “oficial” que han forjado las religiones tradicionales. La escolástica ha reducido a un Dios personal a conceptos: eterno, omnisciente, omnisciente, omnipotente, etc. Ha cosificado a Dios y, como un geólogo, clasifica los minerales. La fe se ha petrificado y las piedras no sienten ya el calor divino.

¿Qué es la religión? La religión nace en el momento en que el hombre se siente distinto al animal, rey de una creación que no ha creado. Existen fuerzas superiores, poderes ocultos que actúan sobre su vida. Un rayo provoca un incendio, un mal cuya causa es desconocida provoca dolor, todo ello llena de temor y temblor al hombre. Somos, nos sentimos, vulnerables. Debemos aplacar los castigos de los dioses con sacrificios. La primavera nos da sus frutos, alimenta a los hombres. Hemos de agradecerlo con ofrendas. Y, al fondo, la muerte. El hombre no conoce la muerte. Conoce la muerte de los demás. Solamente a través de la deducción creemos que también un día “nos tocará”. Nadie es inmortal. De ahí que desde mucho antes de Gilgamesh – los saduceos son una excepción – se busque la inmortalidad, un “más allá”.

El hombre, pues, necesita aferrarse a un Absoluto. Y así como todos los ríos van al mar, todas las religiones, si el hombre hace el bien y rechaza el mal, llevan hasta Dios. Siendo ubicuo – Dios está incluso entre las ollas, decía santa Teresa - es indiferente que le rindamos culto arrodillándonos con humildad hacia Roma o la Meca. En todos los puntos cardinales encontramos ese Absoluto que da sentido a la vida. Y Dios, siendo Amor y Bondad, es también Belleza. Ama la hermosura de una catedral gótica, de una mezquita, de una sinagoga, de un templo budista. Pero toda esa obra humana, hecha de las manos del hombre, hunde sus cimientos en la sagrada naturaleza, el mayor templo donde todos podemos adorar juntos a Dios. Ya se ha dicho mil veces, y se puede repetir una vez más: la religión consiste en dejar a nuestros hijos un mundo un poco mejor de lo que lo hemos recibido.

Pablo Galindo Arlés
9 de febrero de 2026